

erudito, ofrece las claves necesarias para sumergirse por completo en el mundo de Lessing y de Sara Sampson. Se trata, pues, de una edición que actualiza de manera sobresaliente las traducciones previas y una excelente oportunidad para recuperar una obra injustamente olvidada por el público de nuestro país.

Alejandro LÓPEZ

LUDWIG, Emil: *Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin. Y un cuarto: Prusia*. Trad. de Francisco Ayala. Barcelona: Acantilado 2011. 161 pp.

En 1939, ya exiliado en Suiza, donde se naturalizaría y al cabo moriría, y por ende oficialmente a salvo del Nacionalsocialismo, que había condenado algunos de sus textos a la tristemente célebre quema de libros de 1933, el insigne periodista y biógrafo alemán Emil Ludwig (1881-1948) tuvo la feliz idea de deponer por un tiempo los proyectos de largo aliento, en los que sobresalía, y dedicarse a concentrar en un volumen cuatro retratos breves, de formato asaz *sui generis*, con los que mostrar al mundo la esencia de las dictaduras que amenazaban a la Europa del momento. A dos de los involucrados los conocía bastante bien, pues como reportero había entrevistado personalmente a Mussolini y a Stalin, por quienes sentía una especie de oscura fascinación; a los otros dos no precisaba acercárseles mucho para (re)conocerlos, pues Hitler y los prusianos poblaban sus peores pesadillas al menos desde fines de la década de 1920, cuando la desvencijada República de Weimar empezó a tambalearse y algunos intelectuales —en especial de ascendencia judía, como en este caso— presintieron la catástrofe. “De los dictadores de Europa conozco a dos por conversaciones, y al tercero por descripciones. Estoy en contra de los tres, porque los tres están en contra de la libertad”, dice lacónicamente el autor en el prólogo, y remata: “He agregado a Prusia, en calidad de un cuarto dictador, para arrojar a la opinión pública, cuanto antes, ciertas propuestas”; la intención polémica es, así, confesa. (A propósito de esto, uno no puede dejar de preguntarse por qué ese cuarto personaje no fue el “Generalísimo” Francisco Franco, sobre todo porque hubiera sido interesantísimo verlo enmarcado en estas idiosincrásicas elucubraciones).

De modo que este libro, traducido oportunamente al español por otro exiliado a la sazón en Buenos Aires, Francisco Ayala, directamente de los manuscritos del autor, y felizmente rescatado ahora en esta notable edición, rezuma al unísono la elegancia elocuente de una pluma calificada y el compromiso preocupado de un cronista atento, combinando lo mejor del humanismo con lo más lúcido del periodismo. El propio Ludwig lo da a entender cuando explica, valiéndose no casualmente de la metáfora del que asiste a una ópera y con relación puntual al *Duce*, que con estas páginas se siente una mezcla de historiador del pasado e historiador del presente, y concluye señalando, con su alto estilo: “en el gran espectáculo que se desarrolla desde hace ya veinticinco años antes nuestros ojos, yo me he reservado dos localidades, una en lo más alto y otra en primer término, y con frecuencia me cambio de sitio durante el mismo acto” (p. 69). La renuncia cabal a citar cualquier tipo de fuentes delata de por sí la voluntad de estar muy por encima de la historiografía y del periodismo, e incluso de la biografía (solo el texto sobre Stalin pareciera querer serlo, siquiera en las primeras páginas), y mucho más cerca de la rancia tradición del ensayo literario.

En efecto, cuesta creer que en vista del oprobioso material y del angustiante contexto el volumen acabara siendo un clásico, no solo gracias a sus datos coyunturales, sino también a sus logros expresivos, que incluyen —¡y cómo!— el humor (una de las inolvidables hipótesis aquí esgrimidas es que el sentido del humor es prácticamente la única garantía contra la dictadura, en lo que Ludwig se muestra más que afín al espíritu anglosajón; recuérdese que de

hecho G. K. Chesterton había señalado algo similar). Más allá de ciertas repeticiones que un análisis más cuidadoso acaso debiera haber eliminado, ante todo asombra lo homogéneo y estructurado que es el libro en cuanto “tetralogía sobre el totalitarismo”, y el primer indicio de unidad formal y consecuencia intelectual lo constituyen ya los epígrafes, todos tomados –previsiblemente– de Goethe (acaso la biografía más conocida del autor sea, precisamente, la del mayor clásico alemán). El más acertado de ellos, y no por azar el primero, marca la subyacente pauta ideológica de la obra íntegra, una pauta lúcidamente desenmascaradora de la retórica y los ademanes totalitarios tanto de la izquierda radical como la de ultraderecha, a saber: “La palabra *libertad* suena tan bien que no se podría prescindir de ella aun cuando expresara un error”. Con ese punto de partida, Ludwig se lanza a ofrecer cuatro descripciones, no exentas de anécdotas personales y de observaciones fragmentarias, sobre el origen y el desarrollo de una personalidad autoritaria, y más aun, de una *sociedad* totalitaria. El procedimiento es estrictamente subjetivo (en este sentido casi podría decirse que el punto fuerte del libro es también su punto débil), en tanto supone caprichos y ocurrencias que van desde la aplicación de la técnica fisonómica a la de la mera especulación psicológica elemental; el “significado” de la cabeza de Mussolini o la “proyección” de la figura paterna sobre Hitler son sin duda datos aislados que se ponen al servicio de un *parti pris*, y en todo caso pueden imputarse al buen gusto del literato antes que a la inconsistencia del pensador. Lo mismo vale para la recurrente apelación a los caracteres nacionales (los norteamericanos tienen humor, los prusianos son sumisos, los italianos son puro *pathos*, etc.), quintaesencial en los amantes de la novela decimonónica, como es sabido, pero temeraria al desembarcar sin mediaciones en el seno de un estudio crítico sobre las tendencias políticas de 1939 y el tablero geopolítico inminente.

Es casi seguro que lo que el lector actual más recordará de *Tres dictadores* serán las comparaciones directas y los vaticinios rotundos, asaz inesperados en un texto de una actualidad caldeada y de parte de un autor consagrado, pero comprensibles si se piensa que el texto pretendía resultar informativo como labor periodística y también operativo en términos políticos. Ambos, comparaciones y vaticinios, abundan en estas páginas, y aun en su simpleza, o quizás justamente por ella, no dejarán de llamar la atención y, posiblemente, de suscitar asimismo la sonrisa. Extraigamos un ejemplo del epílogo, a título ilustrativo. Tras sostener que “de los tres, el único convencido es Stalin, el único con personalidad Mussolini, y el único loco Hitler”, Ludwig osa profetizar: “al final de la guerra Stalin permanecerá todavía en el poder, Mussolini solo en el caso de continuar neutral, y Hitler, en ningún caso”. En 1939 la guerra apenas comenzaba, y algunos hombres lúcidos ya sabían más o menos cómo terminaría en materia de dictadores.

Marcelo G. BURELLO

MEYRINK, Gustav: *El gólem*. Ed. y trad. de Isabel Hernández. Madrid: Cátedra 2013. 360 pp.

Junto con las de Hanns Heinz Ewers (1871-1943), Karl Hans Strobl (1877-1946), Alexander Lernet-Holenia (1897-1976) y Leo Perutz (1882-1957), las obras de Gustav Meyrink (1868-1932) ofrecen un testimonio muy elocuente del valor y la influencia que la narrativa de entretenimiento fantástica en lengua alemana alcanzó durante la primera mitad del siglo XX. Mezcla de talento estético, charlatanería ocultista, destreza publicitaria y expresión del *Zeitgeist*, la producción de Meyrink mereció críticas y defensas igualmente exaltadas por parte de escritores y críticos. En carta a Marie von Thurn und Taxis del 15 de enero de 1918, Kafka sostiene que Meyrink es, a sus ojos, un indicio típico del modo en que el espíritu de